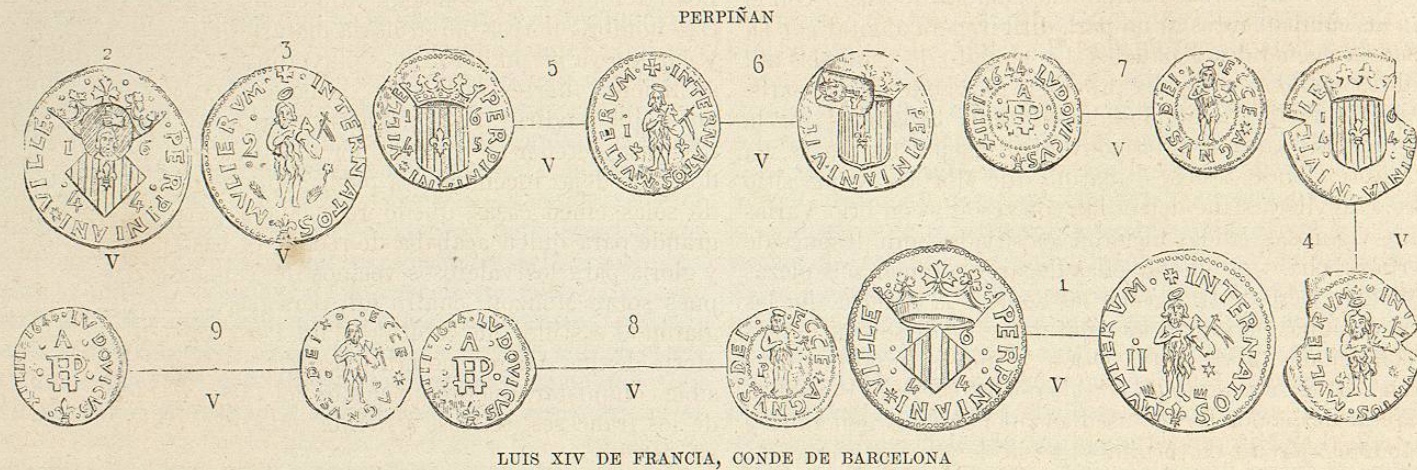


su jornada, pero con tal lentitud, que habiendo salido de Madrid el 26 de abril, fué detenido en Aranjuez, Cuenca, Molina y otras poblaciones, entreteniéndole el conde-duque con fiestas, en términos que no llegó á Zaragoza hasta el 27 de julio, presentándose, no con la sencillez de quien iba á una expedición militar y á ver de enderezar una guerra desgraciada, sino con el boato, la pompa y magnificencia de quien fuera á celebrar un gran triunfo.

Juntóse con estos esfuerzos un nuevo ejército de diez y ocho mil infantes y cerca de seis mil caballos, cosa extraordinaria atendida la situación en que se encontraba el reino, y



LUIS XIV DE FRANCIA, CONDE DE BARCELONA

dar calor á las operaciones de una guerra de que pendia la suerte de la monarquía. Vergüenza debía causarle ver que la reina en Madrid, donde quedó gobernando, visitaba los cuarteles, animaba los soldados y se desvivía por encontrar y enviar recursos (1).

Como antes de emprenderse la campaña se supiese la rendición de las plazas del Rosellon, dióse ya por perdida aquella provincia, y en lugar de dividir el ejército en dos cuerpos, como se habia pensado, destinósele íntegro á Cataluña (2). Púsose pues en movimiento el de Leganés á fines de setiembre (1642), y pasando el Segre por Aytona, sentó el 7 de octubre su campo delante de Lérida en el llano de las Horcas. Esperábase el mariscal de la Motte con doce mil hombres, apostado en una colina llamada de los Cuatro Pilaes. Atacó el primero don Rodrigo de Herrera con trescientos jinetes, é hizolo con tal brio, que se apoderó de una de las baterías enemigas colocada en un repecho. Pero acudieron allí nuevas

trovas y fueron los nuestros rechazados. Hizose al fin general el combate en toda la línea, y peleóse desde la mañana hasta la noche; muy mal por parte de los nuestros, y no por que no lo hicieran con valor, sino por la confusion en el mando, que fué tal, que ni se entendian las órdenes, ni menos se ejecutaban, ni se sabia á quién obedecer, y cada oficial peleaba con los suyos por su cuenta, y nadie se subordinó á una voz y á un plan. De modo que llegada la noche se ordenó la retirada, y quedó el enemigo dueño del campo; y aunque se perdió poca gente, y no se puede decir que fué una derrota, es lo cierto que se renunció á tomar á Lérida, que el ejército perdió su fuerza moral, y que retirado á cuarteles se fué menguando y disipando por la indisciplina y las deserciones (3).

Oscurecida quedó con esta accion la gloria en otros campos ganada por el marqués de Leganés. Hiciéronsele las mas graves acusaciones, con razon unas, acaso no con tanta otras. De todos modos no puede disculpárselo de haber inutilizado un ejército á tanta costa formado; y aunque él al principio se dió por vencedor y logró al pronto engañar al rey, no tardaron los resultados en demostrar la verdad. Entonces se le separó del mando y se le confinó á Ocaña, donde á pesar de toda su amistad con el conde-duque se le abrió proceso sobre su conducta. El rey, lleno de tristeza, confundido y avergonzado del espectáculo que estaba allí ofreciendo, regresó á Madrid, y en mucho tiempo no se volvió á emprender nada sobre Cataluña.

El mismo dia que entró el mariscal de la Motte en Barcelona (4 de diciembre, 1642), donde prestó su juramento en calidad de virey, murió en Paris el grande enemigo de las casas de Austria y de España, el gran político y el hombre extraordinario que tantos años habia regido los destinos de la Francia, el que bajo el peso de su superior inteligencia humillaba á su pretendido rival el conde-duque de Olivares, el gran cardenal de Richelieu, cuya enemiga habia causado tantos males y tantas pérdidas á España (4).

El mismo dia que entró el mariscal de la Motte en Barcelona (4 de diciembre, 1642), donde prestó su juramento en calidad de virey, murió en Paris el grande enemigo de las casas de Austria y de España, el gran político y el hombre extraordinario que tantos años habia regido los destinos de la Francia, el que bajo el peso de su superior inteligencia humillaba á su pretendido rival el conde-duque de Olivares, el gran cardenal de Richelieu, cuya enemiga habia causado tantos males y tantas pérdidas á España (4).

(3) Tió: Continuacion de Melo, lib. VII.

(4) A su muerte escribió el rey Luis XIII la siguiente carta á los diputados de Cataluña.

«Queridos y muy amados:

»Nadie ignora los grandes y señalados servicios que nuestro muy querido y amado primo el cardenal de Richelieu nos prestó, y con cuán buenos resultados prosperó el cielo los consejos que él nos dió; y nadie puede dudar que sentiremos como es debido la pérdida de tan fiel y buen ministro. Por tanto, queremos que sepa todo el mundo cuál es nuestra pena, y cuán cara nos es su memoria por los testimonios que de ello daremos siempre. Pero como los cuidados que debemos tener para el gobierno de nuestro Estado y demás negocios deben ser preferidos á cualquier otro,

CAPÍTULO IX

Guerra de Portugal

DE 1641 Á 1643

Reconocen varias potencias al nuevo rey de Portugal y hacen alianza con él.—Roma, por influencia de España, se niega á recibir sus embajadores.—Prision del príncipe don Duarte de Portugal en Alemania.—Prepárase don Juan IV á la defensa de su reino.—Esfuerzos de España para reunir un ejército en la frontera.—Mala eleccion de general.—Flojedad con que se hizo la guerra por Extremadura y por Galicia.—Correría y saqueos de una parte y de otra.—Conspiracion en Portugal para derrocar del trono á don Juan IV.—Quiénes entraban en ella y cómo fué conducida.—El arzobispo de Braga; el conde de Villareal, etc.—Es descubierta.—Castigo y suplicios de los conjurados.—Conspiracion del duque de Medinasidonia y del marqués de Ayamonte.—Intenta aquel proclamarse soberano de Andalucía.—Un español descubre en Portugal la conjuracion y la denuncia.—Castigo del de Medinasidonia.—Supplicio del de Ayamonte.—Continúa la guerra de Portugal sin vigor y sin resultado.

Hecha la revolucion de Portugal, reconocido y jurado solemnemente don Juan IV por la nacion congregada en córtes que él se apresuró á convocar, trató el nuevo soberano de hacerse reconocer por las potencias de Europa, principalmente por las enemigas de la casa de Austria, á cuyo efecto despachó embajadores á varias cortes. Los que fueron á Paris (marzo, 1641), encontraron á Luis XIII y á su primer ministro Richelieu tan favorablemente dispuestos como era de esperar hacia una nacion que se emancipaba de España y á cuyo alzamiento habian ellos contribuido, y sin dificultad se celebró un tratado de alianza entre ambas potencias, puesto que ninguna mas interesada que la Francia en desmembrar y quebrantar el poder de Castilla. La corte de Inglaterra tambien se prestó fácilmente á renovar la amistad antigua entre los dos pueblos, y á franquear el mutuo comercio entre los súbditos de ambas naciones. Dinamarca y Suecia se alegraron de contar con un soberano y un reino mas, que hiciera frente al poder de la casa de Austria.

La república holandesa esquivó hacer un tratado de paz con el nuevo reino, para no verse obligada á restituírle los dominios y establecimientos portugueses de la India que habia conquistado durante la union de Portugal con la corona de Castilla, y que los portugueses pretendian pertenecerles otra vez de derecho. Los diputados de la república, no desconociendo la razon que les asistia, quisieron diferir la solucion de este negocio hasta la reunion de los estados generales; pero se ajustó una tregua de diez años, y aun envió la Holanda una escuadra á Portugal para que en union con la francesa persiguiera la de los españoles (1).

Despues de algun tiempo y no sin contradiccion de algunos portugueses, resolvió el rey enviar tambien embajadores á

nos vemos obligados á tener mas atencion que nunca, y aplicarnos de tal modo que podamos marcar los progresos que ahora habemos, hasta que quiera Dios darnos la paz, que ha sido siempre el objeto principal de nuestras empresas y para cuyo logro perderemos, si es menester, la vida. Con este fin hemos determinado conservar en nuestro consejo las mismas personas que nos han servido durante la administracion de nuestro primo el cardenal de Richelieu, y que le sustituya nuestro muy caro y amado primo el cardenal Mazarini, que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto, fidelidad é inteligencia cada y cuando lo hemos empleado, sirviéndonos muy bien y como si hubiese nacido vasallo nuestro. Pensamos sobre todo seguir en buena concordia con nuestros aliados, usar del mismo rigor y de igual firmeza en nuestros negocios como hasta ahora, en cuanto permitan la razon y la justicia, y continuar la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos, y hasta que tocándoles Dios el corazon, podamos contribuir con todos nuestros aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad, de tal manera que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creido oportuno comunicaros esto, para que sepais que los negocios de esta corona irán siempre como hasta ahora, á mas de que miramos siempre con particular cuidado cuanto concierne á vuestro Principado de Cataluña para guardarlo de todos los esfuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros: Dios os tenga en su santa guarda. San German de la Haya á los doce de diciembre de 1642.»

(1) Laccede, Historia general de Portugal, tomo VIII.—Faria y Sousa, Epítome de historias portuguesas, part. IV.—Seyner, Historia del levantamiento de Portugal, lib. IV, cap. 3 y 4.

Roma bajo la proteccion de la Francia, porque ya se temia la influencia de España en la corte pontificia. Y en efecto, el marqués de los Velez, que despues de su dimision como virey de Cataluña se hallaba allí de embajador, y don Juan Chumacero, hombre en estos asuntos de gran reputacion y valia, trabajaron con el pontífice, primeramente para que les negara la entrada, despues para que no los recibiera en audiencia, representándole que el duque de Braganza no era sino un súbdito rebelde al rey católico, y que si recibia á sus enviados como representantes de un monarca legítimo, ellos no podrian menos de salirse de Roma. El papa, ó movido de estas razones, ó no atreviéndose á disgustar á los embajadores de España, no recibió á los portugueses, por mas instancias que el de Francia le hizo (octubre, 1641). Bramaban de coraje el francés y los portugueses: produjo esto escenas escandalosas y sangrientas en Roma, salióse el marqués de los Velez de la ciudad con los cardenales españoles para dejar que pasase aquella tempestad de que le echaban la culpa; insistió entonces de nuevo el embajador portugués obispo de Lamego en que le otorgase audiencia el papa; apretaba tambien el francés hasta con amenazas, y hasta con salirse de Roma; el papa se mantuvo inflexible, y los de Portugal se volvieron á su reino sin ser reconocidos, despues de solicitarlo inútilmente por espacio de un año.

Uno de los medios, y nada honroso en verdad, que emplearon los ministros españoles para contrariar la revolucion portuguesa fué negociar del emperador de Alemania que pretendiese al príncipe don Duarte de Portugal, hermano de don Juan IV, que ajeno á todo lo que estaba pasando acá en su reino servia con gloria en los ejércitos imperiales como teniente general; príncipe de gran provecho, y que habia dado pruebas de mucho valor y de suma habilidad en la guerra. Nuestros embajadores en Viena reclamaron su prision so pretexto de que no viniese á Portugal donde podria dar grande ayuda al rey su hermano. Resistíasele al emperador el tomar una medida tan injusta, y tan contraria á la hospitalidad y á los derechos que el príncipe habia adquirido á la consideracion y á la gratitud. Defendíale con calor el archiduque Leopoldo, y con él otros personajes de la corte. Pero tal fué el empeño de la de España, que al fin logró que se ejecutara la prision del inocente, benemérito y desgraciado príncipe en Ratisbona (febrero, 1642), de donde fué conducido á Pasau y á Gratz, entregado despues á los españoles, y encerrado por estos en la ciudadela de Milan, donde murió sin que su hermano pudiera jamás rescatarle por ningun medio. Accion inicua y baja, de mucha deshonra y ninguna utilidad para los ministros españoles (2).

(2) Publicóse por aquellos tiempos en Portugal un folleto titulado: «EL PRÍNCIPE VENDIDO, Ó VENTA DEL INOCENTE Y LIBRE PRÍNCIPE DON DUARTE, INFANTE DE PORTUGAL, celebrada en Viena á 25 de junio de 1642 años. El rey de Hungría vendedor: El rey de Castilla comprador. Estipulantes en el acuerdo por el rey de Castilla: Don Francisco de Melo, gobernador de sus ejércitos en Flandes; don Manuel de Moura Cortes-real, su embajador en Alemania. Por el rey de Hungría: Su confesor; el doctor Navarro, secretario de la reina de Hungría.—El muy alto y poderoso infante don Duarte, hermano del serenísimo rey de Portugal don Juan IV, fué vendido por cuarenta mil risdales.»

Hasta aquí la portada del libro, el cual empieza: «Sea manifiesto al mundo un crimen monstruoso de la tiranía, un prodigio abominable de la ingratitud, y un estupendo sufrimiento de la inocencia, lleno de lástima, de horror y de indignacion. Con vos hablo, cristianos, reyes, príncipes poderosos, repúblicas serenísimas, estados ilustres, y señores grandes de toda Europa. A vos digo tambien, oh bárbaros gentiles, que amais la libertad humana, etc.»

En cambio se publicó en España otro escrito en impugnacion del anterior, con no menos ampuloso título y no menos extravagantes ínfulas de erudicion que este, pues se intitulaba: Portugal convenida con la razon para ser vencida con las católicas potentísimas armas de don Phelipe IV, el Pio, emperador de las Españas y del Nuevo Mundo, sobre la justísima recuperacion de aquel reino y la justa prision de don Duarte de Portugal. Obra apologética, jurídico-teológico-histórico-política, dividida en cinco tratados que se señalan en la página siguiente. En que se responde á todos los libros y manifiestos que desde el dia de la rebelion hasta hoy han publicado los bergantistas contra la palmaria justicia de Castilla. Escríbiola don Nicolás Fernandez de Castro, caballero del orden de Santiago, señor de Luzio, etc.